El tercer lugar.

Comunidad, soledad y la recuperación del encuentro.

1. Las sillas en la calle.

Cuando era niño, en verano, los vecinos de mi barrio, a las afueras de Alicante, sacaban sus sillas a la puerta de casa al caer la tarde a tomar la fresca. Hablaban de lo que había pasado, de lo que iba a pasar y de lo que recordaban. Los niños jugábamos en la calle hasta que nuestros padres nos llamaban para ir a dormir a casa. Yo, con frecuencia, me acercaba a los mayores y les pedía que contaran historias de cuando ellos eran pequeños. Quería saber cómo jugaban, cómo vivían y qué había cambiado. Y ellos, con paciencia, me contaban historias de la guerra y la posguerra, de la emigración o de cómo vivían una generación atrás.

Aquella costumbre de sacar la silla a la puerta era mucho más que una forma de refrescarse, era una forma de convivir. El espacio que no era la casa de nadie ni el lugar de trabajo, era un espacio intermedio, compartido, donde se construía comunidad. Ese es el tercer lugar del que habla este ensayo y su desaparición es una de las transformaciones sociales más profundas y menos analizadas de las últimas décadas.

2. El tercer lugar.

El sociólogo Ray Oldenburg definió el tercer lugar como aquel espacio que no es ni el hogar (primer lugar) ni el trabajo (segundo lugar). Son los cafés, los bares de barrio, las plazas, las bibliotecas, los centros vecinales o las peluquerías. Son espacios de encuentro espontáneo, donde no hace falta una invitación ni un plan previo. Se entra y se sale con libertad. No son espacios de consumo, son espacios de relación.

Lo que los distingue es que son gratuitos o baratos, están cerca de casa, favorecen la conversación, permiten la mezcla de clases y generaciones, y generan un sentimiento de pertenencia.

Son los lugares donde se construyen los vínculos débiles, esos lazos cotidianos con el vecino, el panadero o el camarero que, sin ser amigos íntimos, nos hacen sentir parte de algo. El sociólogo Mark Granovetter demostró que esos vínculos débiles son fundamentales para la cohesión social, la seguridad y el apoyo mutuo en tiempos de crisis.

El tercer lugar es, en definitiva, el espacio de lo común. No es propiedad de nadie y es de todos. No se compra, se habita. Y por eso es tan frágil.

3. La privatización del encuentro.

El capitalismo ha colonizado el tercer lugar. Lo ha convertido en un espacio de consumo. El café que antes era un punto de encuentro ahora es un espacio de "coworking" donde hay que consumir para estar. Las plazas se convierten en terrazas de bares, los parques se cercan y el encuentro espontáneo se sustituye por el consumo planificado. Ya no se sale a la calle a ver a los vecinos, se sale a consumir.

La lógica es la misma que en otros ámbitos, con la intención de que lo que no genere beneficios desaparezca. Los bares de barrio cierran porque no son rentables y las plazas se privatizan porque el suelo es un activo. Los centros vecinales se convierten en franquicias y el espacio público, que era el lugar de todos, se convierte en un escaparate comercial.

4. El urbanismo del miedo.

La ciudad también se ha vuelto hostil al encuentro. Las calles se diseñan para el coche, no para el peatón. Las aceras se estrechan, los bancos desaparecen (o se les ponen elementos para que nadie se tumbe). Los parques se diseñan con vallas y cámaras. La ciudad se vuelve un espacio de paso, no de estancia.

A ello se añade el miedo. Los padres ya no dejan a sus hijos jugar en la calle porque tienen miedo y los vecinos no se sientan a la puerta porque tienen miedo. La ciudad se ha convertido en un lugar que hay que cruzar y no donde estar. Y sin espacio público, no hay tercer lugar. Y sin tercer lugar, no hay comunidad.

5. La epidemia de la soledad.

La desaparición del tercer lugar tiene una consecuencia directa, la soledad. En España, el 20% de la población sufre soledad no deseada y entre los jóvenes la cifra asciende al 34,6%. La soledad no es solo una experiencia emocional, tiene efectos fisiológicos medibles, como el aumento del riesgo de enfermedades cardiovasculares y la reducción de la esperanza de vida.

Pero la soledad no es solo un problema individual, es un problema social. Sin terceros lugares, la comunidad se atomiza, se pierden los vínculos débiles, esos lazos cotidianos que nos hacen sentir parte de algo. Y la sociedad se vuelve más frágil, polarizada y fácil de gobernar. Porque una sociedad de individuos aislados es una sociedad más dócil.

6. Los falsos terceros lugares.

Las redes sociales han venido a ocupar el vacío que dejó la desaparición del tercer lugar. Ofrecen la ilusión de comunidad, pero no la presencia física, el roce o el compromiso. Son espacios diseñados por algoritmos, no por personas. Se pueden abandonar sin consecuencias. No construyen comunidad, sino nichos de identidad.

La digitalización nos ha dado la conexión, pero nos ha quitado el encuentro. Podemos hablar con alguien que está a mil kilómetros, pero no conocemos al vecino de al lado. Y esa conexión sin presencia no es comunidad, es una simulación. Los falsos terceros lugares no son espacios de lo común, son espacios de lo individual. Y su lógica no es la del encuentro, sino la del consumo y la identidad.

7. Recuperar el tercer lugar.

El deseo de recuperar el tercer lugar no es fruto de la nostalgia del pasado, sino de la necesidad del presente. Sin espacios de encuentro no hay comunidad y sin comunidad no hay resistencia frente a un sistema que nos quiere solos, competitivos y consumidores.

Algunas de las propuestas que persiguen este propósito son:

- Un urbanismo que favorezca el encuentro, con plazas, bancos, sombras, calles peatonales y espacios públicos de calidad.
- La regulación de los espacios comerciales para que no devoren el espacio público.
- La recuperación de la vida en la calle, con actividades comunitarias, mercados locales y fiestas de barrio.
- La educación en la convivencia, desde la infancia, para que los niños aprendan a estar en el espacio público.
- Y un cambio cultural, como volver a sacar la silla a la puerta.

La reflexión final que cierra este ensayo es una invitación a mirar el espacio que nos rodea con otros ojos para contestar preguntas como ¿dónde está nuestro tercer lugar? ¿Dónde nos encontramos con los demás? ¿Dónde construimos comunidad?

Porque el tercer lugar es el espacio donde se puede crear sentimiento colectivo para contrarrestar la tendencia del sistema a individualizarnos, porque afrontar el futuro amenazante desde la soledad es mucho más difícil que afrontarlo desde la comunidad y porque la vida, como la fresca, no se compra, se comparte.